29 de Julio de 2014

Oficios

Pintar para volver del infierno

El artista Germán Gárgano permaneció ocho años detenido por la dictadura militar y aprendió pintura carteándose con Carlos Gorriarena.

Sergio Di Nucci

Creo que tenía diez años. Mi madre, para esa época, fue a cursar libre en la Cárcova, así que en casa había carbonillas y óleos, y sus trabajos. Y con mi amigo de la infancia, Luis Rodríguez, se nos ocurrió construir lo que luego terminó siendo un taller de pintura: un galpón con piso de tierra y techo de chapa, que le ganamos a un terreno en desuso, en el fondo de mi casa. La idea, y la aventura, era pintar "cuadros", con óleos y témperas en ese galpón maravilloso. Por extraño que parezca, un día fuimos y colgamos los cuadros en mi habitación, para la familia, obviamente, y el perro". Así cuenta a Tiempo Argentino Germán Gárgano, uno de los mayores artistas plásticos de la Argentina, que en el Pabellón de las Bellas Artes de la Universidad Católica

Argentina inauguró una nueva exposición. El hombre tiene una presencia internacional de la que jamás se jacta. Y su vida, además, es renuente a clasificarse en fórmulas. Porque justamente su convicción es que la vida se vuelve indescifrable sólo cuando se hace una obra: ¿quién es Stendhal? ¿Quién es Duchamp? No lo sabremos, como no sabremos quién es Gárgano.

"Un año tuvimos un profesor, que si mal no recuerdo fue Vicente Forte, cosa rara en esos tiempos para la clásica materia de Dibujo, en la que no se solía hacer nada. Pero fue excelente, nos hizo meter mano bien. Salvo eso, no tuve otra relación con la pintura. Me resultaba hasta aburrido ir a un museo."

Germán estudió Medicina y fue detenido en el '75. "En la cárcel la cosa surgió de casualidad. Era una actividad que permitieron hacer cuando aflojaron un poco las cosas en el '82, y como cada vez le dedicaba más tiempo, mi primo que ya estaba en el taller de Gorriarena, me puso en contacto con él, por medio de mis padres. Así empezaron las cartas, que Gorriarena tuvo la idea de que podían funcionar como 'clases' al estilo de los cursos por correspondencia que ofrecían las revistas de historietas. Pero bueno, ¡aquí eran las cartas de Gorriarena! A quien no conocía ni de nombre pero que enseguida me sentí compartiendo muchas cosas, no sólo de la pintura. Fue una apertura muy importante para mí y un encuentro, porque en eso andaba yo. 'Un político no es alguien que anda con el libro bajo el zobaco', me escribía Gorri con respecto a que en la pintura tampoco se entra por ahí. Nosotros andábamos mucho con el libro bajo el zobaco, aunque pareciera que no. Así que, digo, no sólo fue pintura la cosa, o más bien sí, porque con Gorriarena la pintura era como la política, como nuestra existencia en el mundo, pero no con el estrecho e ideologizado concepto de política, sino con un alcance mayor y profundo, creo."

Gorriarena, autor perseguido, respondía cartas a presos políticos. "Por eso su enseñanza fue superior, y en la pintura propiamente, a medida que pasan los años, su enseñanza crece más. Se enriquece con el propio desarrollo que uno va haciendo. Sigue sonando tan cercano. Es tremenda. Su actitud, eh, pinte uno lo que pinte. Hay una experiencia de la pintura, que es la de mirar, que nos la permitió Gorriarena; y no sólo a mí."

Preso del '75 al '82, Germán responde a la pregunta de qué piensa hoy de esos años de encierro y del contexto social y político: "Pienso que, en lo que a cada uno le toca, quisimos meter por la chimenea, valga la redundancia, por la cabeza, cuestiones que no surgen de lo más propio de nuestro cuerpo social. Hubo una disociación ideologista grave y que costó mucho, vidas y la vida de una generación, que si bien era parte de un contexto de época latinoamericano, hay que ubicar de otra manera, hay que darle su lugar sin hacer de eso una épica gloriosa, como creo que aún hoy muchas veces se la sigue haciendo, de

una forma facilista y diría que universitaria. Con 3% de pobreza la consigna era 'hacer dos, tres, muchos Vietnams' y 'la guerra popular prolongada de Mao'. La pobreza, la miseria, el hambre, la explotación que sea, aún cuando sea del 30% -como hoy-, no implica esas consignas, que dependen de una historia de los pueblos mismos, de su -no me gusta este término, pero bueno...- idiosincracia. Creo que fue un fracaso y no una derrota. Fracaso por el desarraigo, la falta de enraizamiento que esos mandatos tuvieron en el país, como cuerpo. Los ideales son otra cosa y la validez de su justeza y su honestidad, así como la criminalidad de una dictadura feroz, no debieran utilizarse para una autoreivindicación épica. Es compleja la cuestión pero el desfiladero, que puede pensarse y transitarse, se va delineando, y se va compartiendo con sus matices, por muchos de los que venimos de esos tiempos. Hay otros que piensan distinto y según los momentos gritan más, pero creo que la historia los va volviendo a poner en su lugar, y tendrán que hacer una segunda autocrítica de la primera que no hicieron, a mi modo de ver, con más rigor. Es decir, no basta sólo con la autocrítica por la lucha armada, sino por una práctica política voluntarista y universitaria, que más allá de que incluso tenga logros económicos populares, a mi modo de ver no recoge lo que el pueblo –o como lo llamemos– vive y hace propio a otro nivel como cuerpo social."

Germán Gárgano nació en Villa del Parque. Expuso oficial, institucionalmente (antes lo había hecho en familia, ¿y eso fue lo que le dio la confianza para seguir?), en 1984. Desde eso a los premios que le llegaron, muchos, y las invitaciones a Nueva York, y a la alguna vez ciudad industrial Flint, en Michigan. Sus ensayos son notables, por lo eruditos y por lo éticos. Este hombre ama todo, pero no tolera la estupidez. Agradecemos cómo se enfurece contra ella, porque devuelve cordura al mundo, plástico y social. «